

## MAÍZ, PAPAS Y CARROFLA: LA “IDENTIDAD” ALIMENTICIA DEL “INDIO” DE HUASIPUNGO

*Gustavo V. García\**

### RESUMEN

La crítica considera que Huasipungo de Jorge Icaza es un texto fundacional para la narrativa social latinoamericana porque denuncia la explotación del indígena andino ecuatoriano. Este juicio, empero, ignora descripciones que muestran un “indio” degradado, bestial y carente de cultura, en especial a la hora de “devorar” los “alimentos” que le atribuyen:

maíz, papas de la peor calidad y carroña. Estas ambigüedades textuales entran en conflicto con los objetivos sociales de Huasipungo, ya que prolongan la visión de un “indio” inferior, carente de derechos y, por tanto, objeto de explotación y exterminio “natural” por parte de la oligarquía latifundista comprometida con el “progreso” de la patria.

**Palabras clave:** indio, novela indigenista, alteridad, alimentos.

### ABSTRACT

Literary criticism considers Huasipungo by Jorge Icaza as one of the primary texts of the Latin American social criticism novels because it denounces the exploitation of the Andean indigenous peoples of Ecuador. This judgement, however, ignores descriptions that show “Indians” as degraded, animal-like and lacking culture, especially when it is time to “devour” the “food” that is attributed to them: corn, low-quality potatoes and carrion. These textual ambiguities are in conflict with the social objectives of Huasipungo, since they prolong the vision of an inferior “Indian,” lacking rights and therefore, an object of exploitation and “natural” extermination on the part of the landowning oligarchy in the name of “progress” for the nation.

**Key words:** Indian, Indigenist Novel, Alterity, Food.

### 1

Maíz, papas y carroña: la “identidad” alimenticia del “indio” de Huasipungo

La actitud hacia los alimentos de otras personas es una antigua y persistente forma de prejuicio racial y/o cultural: son otros los que comen bien o mal porque consumen productos que causan elogio y aceptación o repugnancia y rechazo. Esta percepción binaria origina estereotipos basados en la manipulación

y el conocimiento insuficiente de determinadas prácticas culinarias. En algunos casos estos categorismos son “flexibles” y oscilan entre un extremo y el otro. La cocina francesa, por ejemplo, entusiasma a estratos medios latinoamericanos que se deleitan leyendo y comentando sus exquisiteces. Sin embargo, cuando descubren que la carne de caballo, los caracoles y las ancas de rana son comunes en esta dieta, su reacción es de rechazo. El (des)conocimiento, en este caso parcial, de la cocina gala, “alimenta” una imagen

---

\* Department of Humanities and Social Sciences, Rose—Hulman Institute of Technology, United States.  
*Recepción: 20/11/06 Aceptación: 5/12/06*

falsa asociada a la identidad “francesa” que es –y no– tal cual se la imagina.

El peligro de las clasificaciones binarias radica en enfatizar rasgos negativos asociados a culturas “inferiores” al modelo europeo, ya que éstos funcionan como mecanismos culturales para someter, negar, rechazar o “defenderse” de los otros. Este comportamiento impide la aceptación de culturas diferentes y, dentro de un espacio nacional, discrimina contra sectores marginados. Tal es el caso de los amerindios representados en la novela indigenista:

hambrientos y poco sofisticados en sus modales alimenticios.<sup>7</sup>

Mi ensayo analiza la descripción de los comestibles –y su forma de consumo– de los indígenas andinos de Ecuador en una novela representativa del género: *Huasipungo* (1934) de Jorge Icaza. La popularidad de esta obra es tal que ha sido traducida a 16 idiomas (Campaña 86), ha sido adaptada para niños, y sus ediciones se repiten sin cesar. Su enorme éxito,

## 2

empero, no ha evitado la polémica entre sus críticos y defensores. Jorge Enrique Adoum resume así el debate:

No existe en la historia literaria latinoamericana, y seguramente en la de ninguna otra literatura, una obra que como *Huasipungo* haya sido tan exaltada y abatida, que haya servido de pararrayos de todos los reparos —e incluso de la cólera— de la crítica a la novela indigenista en general y que, sin embargo, los historiadores y comentaristas no pueden pasar por alto. (22)

Esta controversia, en general, es favorable a Icaza, el escritor de mayor prestigio en su patria:

“Jorge Icaza is considered the greatest Ecuatorian writer of the ‘indigenista’ novel” (Sacoto 169); “Jorge Icaza es el ecuatoriano que más ha hecho por llevar el problema del indio y del huasipungo a la conciencia universal” (García 7). Otros estiman que *Huasipungo*, por su valor artístico y por ser “una tétrica denuncia” (Villordo 67), es un alegato en favor de la liberación del

indígena: “Metáforas, ironías, hipérboles y otras habilidades demuestran el profundo interés que [ puso en elaborar una obra que conjugase la eficacia de la denuncia con la calidad artística” (Fernández 53). Fernando Alegría, por su parte, considera que esta novela:

“marca el fin de la tradición indigenista romántica y la culminación de una nueva tendencia indigenista caracterizada por un lenguaje de brutal realismo, por un propósito de intensa crítica social y una ideología cercana al Marxismo” (127). Sin negar los méritos de *Huasipungo*, estimo que estos juicios pasan por alto representaciones negativas que ocasionan, en un lector moderno, objeciones al pretendido “indigenismo socialista” del autor: “Los años pasaron, y se sigue viendo a Icaza como adalid de un ‘indigenismo socialista’, como fiel exponente de una ideología de izquierda, y a sus obras como verdaderos tratados de sociología

## 3

y antropología, capaces de hacer llorar al mundo, según expresiones del escritor ecuatoriano Raúl Pérez” (Saintoul 130-1).

No dudo que Jorge Icaza quiso denunciar la explotación del indígena e incluso “defenderlo” de la misma, pero también —aunque éste no sea su propósito explícito— estereotipa a sus personajes en términos adversos al describirlos como seres degradados, con rasgos bestiales y carentes de cultura. Incluso comentaristas que ponderan la labor literaria de Icaza destacan los aspectos negativos asociados a su “indio”:

En *Huasipungo* todos los elementos tienden a crear un ambiente trágico y depresivo. El escenario es lúgubre y ominoso. Los caracteres sólo inspiran lástima o repulsión. El narrador es irónico e incisivo. Los indios dejan de ser hombres para convertirse en bestias de carga o de trabajo. Viven en la abyección, en la miseria, en la inmundicia. Estos hombres apenas subsisten por el simple instinto de sobrevivencia: hambrientos, enfermos, extenuados por el trabajo brutal. (Cruz 109)<sup>6</sup>

En efecto, las referencias negativas son tan sesgadas que en algunas páginas de Huasipungo se tiene la impresión de leer la descripción de un parque zoológico andino, “marca” literaria que no se restringe a los alimentos del indio, sino que se extiende a su descripción física, a sus costumbres, a su medicina y a sus relaciones sociales.

Rodolfo Borello, explicando Raza de bronce, el texto que define a la novela indigenista, acuña el término “feísmo de la miseria”: la “fealdad en los rostros, los cuerpos, los lugares donde se vive, se come (y lo que en ellos se ingiere)” (28). Este “feísmo” es muy visible en Huasipungo. Aunque el narrador tiene éxito en conmover a sus lectores describiendo la explotación de los indígenas en varios niveles (político, económico y religioso), no muestra

#### 4

simpatía, y mucho menos respeto, al referirse a sus pretendidos alimentos. Acá, a favor de Icaza, hay que notar que la actitud de menospreciar la dieta indígena es notoria incluso en estudios académicos sobre esta zona. Una antropóloga, al referirse a una buda –comida de los andes ecuatorianos reservada para ocasiones especiales–, expresa su “desilusión”:

Siempre se habla del buda con tanta emoción, que me sorprendí cuando lo comí y descubrí que nada más era una gacha de cebada colorada brillantemente con achiote. Se me dijo que se puede preparar una buda más complicada, utilizando huevos, queso y otros ingredientes, pero incluso en las comidas especiales de gente bastante adinerada, he visto la gacha colorada. (Weismantel 166)

En Huasipungo, a la crónica escasez de comida, el autor añade detalles que muestran una comunidad andina sin sofisticación culinaria a la hora de consumir los comestibles que le atribuye: maíz, harina de cebada, sebo e intestinos de res, carrofla y cuchipapa (patatas de la peor calidad aptas sólo para cerdos). Adjudicar de manera sistemática y excluyente estos productos a seres humanos sometidos por instituciones represoras –latifundio, estado e

iglesia– es fijar condiciones de (des)humanidad que terminan por animalizarlos –sobre todo por la forma en que “devoran” sus alimentos poco o nada elaborados– o, en el mejor de los casos, “clasificarlos” según lo que comen. Siguiendo esta lógica, bastaría leer la enumeración de los comestibles para identificar a sus consumidores. Los indios, “naturalmente”, se nutren de lo peor: alimentos reservados para las bestias o no aptos para el latifundista “blanco” y su entorno social. La importancia de poner reparos a este tipo de descripciones reside en que comer, aparte de ser un acto diario inherente al ser humano, es también un rito que le obliga a enfrentarse consigo mismo ya que determina su género de vida, su relación con sus semejantes

#### 5

y su propia imagen: “What we like, what we eat, how we eat it, and how we feel about it are phenomenologically interrelated matters; together, they speak eloquently to the question of how we perceive ourselves in relation to others” (Mintz 4). La alimentación, entonces, más que el imperativo fisiológico de satisfacer necesidades de sobrevivencia, es un medio de comunicación que afirma y/o niega una identidad racial, cultural, religiosa o de clase: dime qué comes y te diré quién eres. Esta modificación de un conocido refrán popular resume en forma simplificada pero concreta la percepción de que una identidad se basa en la dieta y las respectivas prácticas culinarias de determinado grupo social.

Además de representar la miseria de los indígenas serranos a través de la forma precaria de satisfacer sus necesidades de nutrición y asemejarlos a seres inferiores, comer y beber en Huasipungo están asociados, aunque de forma sutil, a funciones más complejas. Destacan las referencias filosóficas, religiosas y sociológicas que, por estar subordinadas a la obtención de alimentos, denotan visiones negativas. Es más, Jorge Icaza describe el mundo indígena en términos simplificadorios donde el alimento –escaso y repugnante– explica y justifica la existencia del

indio y su cultura. Nada raro, de acuerdo a esta visión, que sus preocupaciones –su “filosofía”– se reduzcan a una obsesión por la comida:

En la mente de los indios –los que cuidaban los caballos, los que cargaban el equipaje, los que iban agobiados por el peso de los patrones–, en cambio, sólo se hilvanaban y deshilvanaban ansias de necesidades inmediatas: que no se acabe el maíz tostado o la mashca del cucayo, [ (74).

Estos comestibles definen al indio como consumidor de materias primas con poca o ninguna elaboración, ya que sólo el uso del fuego lo diferencia de los animales en este aspecto.

## 6

Asimismo, Icaza propone una homogeneidad alimenticia en base a productos que parecen ser consumidos por “todos”, tal cual insinúa la cita que describe una feria indígena:

Ese mismo día, desde las cuatro de la mañana, las gentes se desbordaron sobre la plaza por todas las calles para enredarse confiadas en la feria —moscardón prendido en una enorme coicha de mil retazos de colores:

- Pongan en papas.
- Pongan en maíz.
- Pongan en morocho.
- Pongan en mashca.
- Helaqui, pes, caseritaaa.
- He laqui.
- Vea las coles.
- Vea el mote.
- Vea la Chuchuca.
- Vea los shapingachos.º (139)

La enumeración de esos alimentos proporciona el “menú” de la novela indigenista: no el de los indios. En efecto, fuera de la “realidad” textual éstos tienen una dieta más diversificada que contradice la versión de Icaza. ¿Dónde está, por ejemplo, el famoso cuy tan presente en la cocina serrana? 1 Una feria en los Andes, por otra parte, no se restringe a la papa, al maíz y a la cebada (descontando sus innumerables variedades). Exhibe, al contrario, un gran surtido de

tubérculos (oca, olluco, camote); granos (achita, quinua, frijoles, cañihua, tarwi); verduras (achio-te, marmakilla, murmunta, paico, zapallos); frutas (lúcuma, orito, capulí, pacay,

## 7

chirimoya) y; algo inexistente en las páginas de Huasipungo: carne. No sólo de res, cordero, cerdo y gallina que son las favorecidas por el entorno urbano, sino también de taruca, vizcachá, cuy, perdiz, llama, patos y peces propios de la región consumidos desde tiempos prehispánicos» Sin embargo, la narrativa de Huasipungo, usando maíz, papa, cebada, sebo, intestinos y carroña de res, construye una “esencia” indígena animalizada.

En base a los reparos anteriores planteo que Icaza se apropia del territorio cultural indígena satanizando al indio por sus pretendidas costumbres alimenticias. Si bien es cierto que la escasez y la mala calidad de su nutrición pueden ser rasgos que responden de manera “realista” a la descripción de Cuchitambo, una hacienda ecuatoriana cuyo nombre significa “lugar de cerdos”, Icaza, incluso en circunstancias donde el alimento está al alcance de los indios serranos, escribe frases que los deshumanizan. Sus personajes, por ejemplo, nunca comen y mucho menos saborean un producto, sino que lo “devoran”, es decir, se comportan igual a bestias sin modales a la hora de alimentarse: “Desde hace dos años, poco más o menos, que el indio Chiliquinga transita por esos parajes, fabricándose con su desconfianza, con sus sospechas, con sus miradas de soslayo y con lo más oculto y sombrío del chaparral grande una bóveda secreta para llegar a la choza donde le espera el amor de su Cunshi, donde le espera el guagua, donde podrá devorar en paz la mazamorra” (80—1. El énfasis me pertenece). Andrés Chiliquinga, el “héroe” de Huasipungo, es presentado como si fuera un animal salvaje. Este desliz no es el único. En el trozo que sigue también se nota la intencionalidad del narrador de atribuir a los indígenas rasgos bestiales:

A mediodía la tropa de longas [ jóvenes] dio respiro al bochorno de su trabajo —descanso

de las doce para devorar el cucayo de maíz tostado, de mashca, y tumbarse sobre el suelo alelándose con

## 8

indiferencia animal en la lejanía del paisaje donde reverbera un sol de sinapismo—. Felices momentos para la voracidad de los rapaces: la teta, la comida fría, la presencia maternal [ (96. El subrayado es mío).

En otra sección, Jorge Icaza hace “devorar” a los indígenas ciertas bebidas alcohólicas: “Don Alfonso Pereira entró en Tomachi al atardecer. Al llegar a la casa del teniente político, Juana expendía como de costumbre en el corredor guarapo [ alcohólica] y treintaiuno [ de intestinos de res] a una decena de indios que devoraban y bebían sentados en el suelo” (121. El énfasis me pertenece). De estas citas se puede arguir que una cosa es describir el alimento escaso y burdo de acuerdo al contexto histórico de la sierra ecuatoriana, pero otra inaceptable en una novela de orientación “socialista”—, construir una identidad indígena con rasgos asociados a animales que “devoran” su comida. En Huasipungo el acto de comer, lejos de constituir una práctica social y cultural, es algo instintivo, propio de seres animalizados.

El código del bestiarario no sólo funciona cada vez que se alude a la nutrición de los indios, sino que se extiende a su descripción física, a su “comportamiento” sexual, a su “codicia” y a su falta de escrúpulos para adquirir comestibles. En la cita que sigue, Alfonso Pereira busca, por intermedio de su mayordomo, una nodriza para amamantar a su nieto ilegítimo. No obstante los insultos del mayordomo y los riesgos e inconveniencias de ese “empleo”, las madres indias —“perras” y “putas” son “tentadas” por la abundancia y la calidad de los alimentos en la casa de hacienda:

[ Buena comida, buena cerveza negra, buen trato a las nodrizas. Mejor que a las servicias, mejor que a las cocineras, mejor que a las güiñachishcas, mejor que a los huasicamas. Uuu... Una dicha, pes.

## 9

Pero siempre y cuando sea robusta, con tetas sanas como vaca extranjera.

El comentario del mayordomo y la fama que había circulado sobre la hartura y el buen trato que dieron a la primera longa que sirvió al “niñito” despertó la codicia de las madres. Cada cual buscó apresuradamente a su crío para exhibirle luego con ladinería y escándalo de feria ante los ojos del cholo Policarpio. [

—El mfu ga nu parece flacu del tod... —gritó una india dominando con voz ronca la algaraza general. Sin escrúpulos de ningún género y con violencia, alzó a su hijo en alto como un presente, como un agradito [ como una bandera de trapos y hediondecas. Cundió el ejemplo. La mayor parte imitó de inmediato a la mujer de la voz ronca. Otras en cambio, sin ningún rubor, sacáronse los senos y exprimiéronles para enredar hilos de leche frente a la cara impasible de la mula que jineteaba el mayordomo.

— se orden en los ojos del animal, carajo! (94-5. Los énfasis me pertenecen)

Esta claro que las longas, para amamantar al nieto del latifundista, deben poseer atributos especiales: no basta tener tetas de vaca, condición necesaria mas no suficiente, sino de vaca extranjera. La animalización de la mujer indígena funciona en dos niveles en este pasaje. Todas son “vacas” —aunque no “extranjeras”— para el cholo Policarpio y, en tanto tales, sólo “sirven” para dar leche. Este, no obstante, busca una que tenga los atributos mencionados en la cita, requisito que a su vez genera un proceso de interioridad en las mujeres que a fin de

## 10

demostrar sus cualidades “lecheras”, levantan a sus hijos —“bandera de trapos y hediondecas” según el narrador— para que el mayordomo aprecie la robustez de los niños, es decir, el resultado de la calidad de su leche. Otras, —“sin ningún rubor”—, empiezan a sobarse los senos con la misma intención de competir para mostrar su producto. Todas, entonces,

aceptan la denominación del mayordomo: son “vacas” que por consumir cerveza negra, entre otras “delicias” de la hacienda, se “ordeñan” confirmando la adjetivación de Policarpio inmune a los encantos de senos que, obviamente, no son “de vaca extranjera” tal cual él los desea. Aunque en este pasaje es un personaje —el cholo, el eterno enemigo del indio— el que las animaliza, la voz autorial critica la “codicia” de las madres indígenas por el alimento ofrecido para recompensar sus servicios “lecheros”; así mismo, hace comentarios nada favorables al comportamiento “moral” de las indígenas y se refiere a sus hijos en términos inferiores a animales: son un objeto deleznable, “una bandera de trapos y hediondecas.” Estas intromisiones autoriales prolongan el (des)conocimiento de los indígenas por parte de los lectores y revela (“confirma”), a los ojos del opresor, su naturaleza monstruosa que rivaliza con su miseria y falta de “valores”. La explotación —y exterminio— de este indio está, por tanto, justificada.’

De la extensa cita anterior, además de la animalización y cosificación del indio, se infiere que los alimentos son utilizados por el amo como un medio de pago por los servicios de sus colonos. En este caso, a cambio de la leche materna indígena, el hacendado les ofrece un surtido de alimentos que, en términos mercantiles, es insuficiente para pagar los servicios de las longas. El intercambio desigual en la relación del latifundista con sus pongos es la base de la explotación económica del indígena obligado a prestar sus servicios a cambio de retribuciones alimenticias, comportamiento que refuerza su condición de “bestia de trabajo.”

## 11

Cito otro pasaje que apoya este razonamiento. Cuando la gente está cansada de construir la carretera —símbolo de “progreso” y “civilización”— y ante la posibilidad de enfrentarse a la parte más difícil, el drenaje de un pantano, el cura insinúa otorgar un incentivo a los nativos:

—Un aliciente. Buscar una satisfacción para la materia, para la carne pecadora, para el estómago insaciable. ¡Oh! Si fuera algo espiritual. Bueno... Yo podría... —murmuró el sacerdote fruncido por el gesto adusto de quien busca la solución precisa al problema. [

—Algo definitivo —chilló el latifundista.

—Entonces...

—Más chicha y más picantes. Les daré aguardiente. Les daré guarapo...

—¡Qué bueno!

—Así cambia el problema.

—Además, cada semana repartiré una ración de maíz y de papas. ¿Qué...? ¿Qué más quieren? Yo... ¡Yo pago todo, carajo! (15 8-9)

El religioso, lamentando sus limitaciones, reduce al indio a “materia”, “carne pecadora”, y “estómago insaciable,” cualidades aprovechadas para proseguir la construcción de la carretera:

el progreso a cambio del hambre de los indígenas. La ausencia de un intercambio mercantil hace posible que por medio de los alimentos siga sobreexplotando su fuerza de trabajo. Una vez más, el indígena no se diferencia de una bestia de carga: sólo necesita el incentivo de la comida para trabajar sin protestar. Aquí es importante señalar que la apreciación negativa del indio no es exclusividad de la novela indigenista. Abundan estudios académicos que

## 12

documentan que su alteridad estaba articulada y subordinada a valores “nacionales” heredados de la colonización europea. Luis Guillermo Lumbreras proporciona esta visión del indígena en los años 40 y 50 en Ayacucho:

Todo el trabajo duro y sucio era de él y correspondía a su naturaleza. Ser indio significaba poder hacer cualquier cosa, incluso dormir a los pies de las personas, cuidar de ellas, morir de frío; el indio no debía tener hambre, él estaba habituado al hambre y, consecuentemente, si no tenía que comer un día o dos, no importaba porque su naturaleza era así. Era algo menos que una persona; no era persona. Ni siquiera sabía

hablar castellano [ y estaba muy mal que alguien tratase de aprender quechua porque eso iba a malograr su castellano. (56).

Acá es importante enfatizar que ser estigmatizado de “no persona” es el concepto que opera detrás de la explotación del indígena. En Huasipungo, el indio no es “hombre”, categoría que permite su explotación por cualquier otra “persona”. A modo de ejemplo cito el pasaje que muestra, en el aspecto económico, la interrelación de la autoridad del patrón y del sistema político para explotar al serrano, en este caso, a través de la adulteración del aguardiente:

El negocio fue para la mujer del teniente político. Con el dinero que le adelantó don Alfonso, despachó sin demora dos arrieros y cinco mulas a tierra arriba en busca de aguardiente y panelas. En cuanto al guarapo para los indios, echó en unos pundos’ olvidados que tenía en el galpón del traspatio buena dosis de agua, dulce prieto y orinas, carne podrida y zapatos viejos del marido para la rápida fermentación del brebaje. (159)

### 13

Tal cual se puede inferir, parece que para el novelista la bebida del indio —el guarapo—, es una metáfora que (des)cubre su “naturaleza” y las relaciones de poder en Huasipungo. Además de comer igual que una bestia, el indígena, porque no es “persona”, bebe licores elaborados con cualquier inmundicia. Ya no se trata sólo de satisfacer su hambre, sino que también es necesario que tenga a mano un licor donde se combina el aguardiente —un producto elaborado fuera de la zona andina— con materias “adecuadas” para su paladar. De consumir cualquier cosa, el indio se convierte en bebedor de lo que sea. Su retrato está completo: hambriento y borracho. El trozo, adicionalmente, ilustra la alianza económica del patrón grande “su mercé” y la clase política para expoliar al indio.

La nutrición también cumple, en Huasipungo, el rol de establecer una frontera entre los personajes de la obra. Nadie, a excepción de ellos, prueba los comestibles de los

indígenas. Este comportamiento los separa del resto fundando un maniqueísmo que es la base de la trama argumental: una novela en blanco y negro donde el amo y el siervo se complementan y justifican porque el uno no puede existir sin el otro y viceversa, aspecto que muestra una contradicción ideológica —no argumental— en la novela indigenista. Comento el pasaje donde a pesar de alimentos casi comunes, su elaboración separa al indio del blanco. Cuando Alfonso Pereira va a la casa del teniente político para proponerle la construcción de una carretera, la mujer de éste le ofrece un aperitivo:

A los pocos minutos la chola volvió con un plato lleno de tortillas de papa, chochos y mote, todo rociado de ají y picadillo de lechuga. Y con fingida humildad, ofreció:

—Para que se pique un poquito, pes.

### 14

— exclamó el propietario de Cuchitambo ante el succulento y apetitoso manjar.

— un poquito de chicha? Le pregunto porque como usted...

—No, pes, la de los indios fermentada con zumo de cabuya [ espinosa]. De la otra. De la de morocho [ de grano pequeño y duro].

—Prefiero la cervecita. Unas dos botellas. (123)

Esta es una cita clave donde los ingredientes conforman un territorio común pero dividido. Para empezar, el narrador muestra que el patrón no puede consumir cualquier cosa, es más, prefiere productos favorecidos por el medio urbano: su lugar. La mesa, por otro lado, es un “mercado”, un lugar de intercambio donde se negocian —afirman y niegan— tradiciones alimenticias comunes y diferentes. Elaboro. La comida, en apariencia, parece ser propia de indios. Hay, empero, ciertas sutilezas. La humilde papa ya no es una materia prima, sino que asume la forma de una tortilla, y los “chochos y mote”, por su parte, están aderezados con “ají y picadillo de lechuga.” En suma, aunque los ingredientes son los mismos, la preparación y la forma de presentación varían, algo comprensible si se

tiene en cuenta que no se trata de comensales indios, sino de “personas” con cierta sofisticación culinaria. De modo que hay una valorización de alimentos no según lo que son, sino de acuerdo al consumidor. El narrador, entonces, no duda de calificar esta comida de “suculento y apetitoso manjar”. Incluso la chicha, el licor por excelencia de la zona andina, posee una función diferenciadora en lo social:

un tipo es para indios y otro reservado para los que no lo son. Don Alfonso, no obstante las explicaciones de la chola, se niega a consumir la chicha “buena” y prefiere la “cervecita”,

## 15

gesto que refuerza su posición en la jerarquía social. El consumo de cerveza y de productos típicos indígenas, pero elaborados por la esposa del teniente político, muestran una situación donde los alimentos definen una frontera cultural que separa a los “blancos” de los indios: los primeros pueden servirse productos de origen nativo siempre que tengan algún grado de sofisticación culinaria, mientras que los andinos sólo “devoran” materias primas ligeramente cocidas. La alimentación es, por lo visto, un referente indispensable para pensar y definir al otro como un consumidor de bienes inferiores aunque los ingredientes sean los mismos.

Otro ejemplo, más “crudo” que el anterior, refuerza la percepción de que el hombre andino puede ingerir cualquier cosa para calmar su “estómago insaciable.” El pasaje describe la única vez que los indios de Huasipungo prueban carne. Resumo lo necesario para comprender la cita. Cuando un buey viejo del patrón es hallado muerto luego de varios días, el cholo Policarpio sirve de intermediario entre los indígenas y el latifundista:

—Y ahora los indios quieren...

—Como la carne está medio podridita...

Quieren que les regale, su mercé. Yo les ofrecí avisar no más, patrón —concluyó el mayordomo al notar que don Alfonso se arrugaba en una mueca como de protesta y asombro.

—¡Que les regale la carne?

—Así dicen...

—¡La carne! No estoy loco, carajo. Ya...

Ya mismo haces cavar un hueco profundo y entierras al buey. Bien enterrado. Los indios no deben probarjamás ni una miga de carne. ¡Carajo! Donde se

## 16

les dé se enseñan y estamos fregados. Todos los días me hicieran rodar una cabeza. Los pretextos no faltarían, claro. Carne de res a los longos... ¡Qué absurdo! No faltaba otra cosa. Ni el olor, carajo. Así como me oyes: ni el olor. Son como las fieras, se acostumbran. ¿Y quién les aguanta después? Hubiera que matarles para que no acaben con el ganado. (20 1-2)

Negando el pedido de sus colonos, Alfonso Pereira les identifica con “fieras,” animales perjudiciales para los seres humanos y la economía de la hacienda. Y, con su lógica de latifundista, concluye que ante la posibilidad de que prueben carne de res, habría que “matarles” para que no acaben las seiscientas cabezas que posee. Acá se nota la presencia, siguiendo los lineamientos de Foucault, de un discurso racista que postula la aniquilación del otro. 21 Los indios, retornando a la cita de Huasipungo, no deben tener acceso a la carne, un producto muy estimado por los “blancos” en el mercado urbano ecuatoriano. Policarpio, convencido por el razonamiento del patrón, cumple de manera eficaz sus instrucciones de “sepultar” al buey muerto, cuya descripción es importante por la acción posterior en el relato:

“El buey, con las tripas chorreando, con las cuencas de los ojos vacías, con el ano desgarrado por los picotazos de las aves carnívoras, cayó al fondo del hueco despidiendo un olor nauseabundo y dejando un rastro de larvas blancas y diminutas en las paredes de aquella especie de sanja” (205). Los serranos, a tiempo de enterrar al buey, “roban” algunos pedazos de carne acaso con la esperanza de “devorar” tan apetitoso alimento. El cholo Policarpio, celoso guardián de las



órdenes del hacendado, impide que se consuma el "delito": "A devolver la carne que robaron. ¡Yo vi, carajo! ¡Yo vi que escondían bajo el poncho!" (205). De nada sirvieron los ruegos de los indios que querían quedarse con la mortecina. El mayordomo les

## 17

obligó a enterrar al buey sin permitir su mutilamiento. De noche, empero, protegidos por la obscuridad, Andrés y sus compañeros regresan a desenterrar al buey. El pasaje es muy "rico" en intromisiones autoriales que denigran a los indios: les equipara a fantasmas, a manada hambrienta, aves de rapiña, y ladrones. Una vez que "{...} Andrés Chiliquinga, palpando su robo, que lo había metido en el seno [ (207), regresa a su choza, ofrece el pedazo de carroña a su esposa que, entusiasmada por el regalo, se emociona y demuestra sus "habilidades" culinarias:

—Qué bueno, taiticu. Dios su lu pay. Ave María —murmuró Cunshi con ingenua felicidad de sorpresa, a punto de llorar. [

Con experiencia de buena cocinera, Cunshi cuidaba que no se quemara la carne dándole la vuelta cada vez que creía necesario. A ratos soplaba en las candelas, y, a ratos también, se chupaba los dedos humedecidos en el jugo de la carne con ruido de saboreo deleitoso de la lengua y de los labios. Aquello era en verdad una provocación, un escándalo que excitaba con urgencia angustiada el apetito de los demás: el indio tragaba saliva en silencio, el rapaz protestaba, el perro no desprendía los ojos del fogón. {...} Comieron con gran ruido. Devoraron sin percibir el mal olor y la suave babosidad de la carne corrompida. (208-9. El énfasis me pertenece)

La cita insiste en describir la etiqueta alimenticia de los indígenas en términos negativos:

"devoran" su pedazo de carroña asada. Por otro lado, ésta es la única vez que ellos prueban carne, pese a la existencia de cuyes

y otros animales en el huasipungo de Andrés Chiliquinga. Y, lo que parece una demostración de las habilidades irónicas del autor, ésta es la primera y

## 18

última vez que se describe la "experiencia" de una mujer indígena en términos de "buena cocinera." Tan buena que su cena le ocasiona la muerte. La lección del pasaje es simple pero efectiva: el consumo de carne —aunque ésta se encuentre en estado de descomposición— es un acto prohibido para los indios. Es más, la transgresión de esta norma acarrea el "castigo" correspondiente: problemas estomacales que, en el caso de Cunshi, provocan la muerte. El amo, al parecer, no estaba errado al hablar de lo "absurdo" que era dar carne de res al indio:

"Ni el olor, carajo" (202).

Esas y otras citas textuales, si se prioriza el carácter "realista" de Huasipungo, podrían afectar su recepción por lectores no familiarizados con el medio andino, ya que los indios son mostrados con rasgos subhumanos por su explotación y por el consumo de sus alimentos. Incluso aceptando que la frugalidad de su dieta es precisa y verosímil en la trama narrativa, las "intromisiones" autoriales desvalorizan y estereotipan a los indígenas con una serie de caracterizaciones propias de gente "inferior": el salvaje o el bárbaro de las crónicas. El "feísmo" de estas descripciones determina que el sujeto autorial asuma un rol de mediador cultural para (des)informar a sus lectores. Ignora, por un lado, los ceremoniales alimenticios de la zona andina asociados al culto de la naturaleza o a la celebración de festividades religiosas o cívicas: la pachamanca —olla de tierra—, por ejemplo. Por otra parte, el hambre y la escasez de comestibles de los indios de Cuchitambo le sirven de estrategia para expandir su dieta mediante el robo, práctica que los desvaloriza en el código moral urbano. Así mismo, el indígena, además de "hambriento", "asqueroso", "borracho", ladrón de comida y sin modales alimenticios a lo "blanco", puede satisfacer sus necesidades alimenticias con carroña. Un buitre

—si pudiera consumir alcohol— no se diferenciaría mucho del andino ecuatoriano inventado por Jorge Icaza.

## 19

El sujeto enunciador, en suma, exhibe sus prejuicios contra los nativos a quienes quiere proteger falseando su imagen y perpetuando su desconocimiento. Huasi entonces, continúa el indigenismo, una forma literaria de (d)escribir al “indio” según los convencionalismos de escritores provenientes de capas elitistas —“europeas”— de la sociedad. En efecto, los rasgos negativos que Jorge Icaza atribuye a los indígenas refuerzan (“confirman”) la tesis colonialista de considerarlos inferiores y de ser, por tanto, objeto de explotación y exterminio “natural” por parte de la oligarquía latifundista comprometida con el “progreso” de la patria. Esta visión, sin embargo, es responsabilidad del autor: los personajes son inocentes.

## Notas

- 1 En este y otros aspectos el “indio” de la novela indigenista es el mismo personaje. Exceptuando *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, no hay diferencias apreciables ni en la calidad ni en la forma de consumir sus alimentos entre los indios de *Raza de bronce* de Wauata Wauara de Alcides Arguedas, *Huasipungo* de Jorge Icaza, *Altiplano* de Raúl Botelho Gozávez y, hasta cierto punto, *Los perros hambrientos* de Ciro Alegría.
- 2 Jorge Icaza, *Huasipungo*, 2da ed., ed. Teodosio Fernández, Cátedra, Madrid, 1997. Cito por esta edición.
- 3 David D. Johnson ha escrito un ensayo sobre este tema.
- 4 En 1997 la prestigiosa editorial Cátedra la incluyó en su colección crítica de Letras Hispánicas.

- 5 Su vida pública, por lo menos, así lo muestra: en 1940 participó en el Congreso Indigenista celebrado en México con el título de “Defensor del indio ecuatoriano”.
- 6 Ver, también, el ensayo de Anthony J. Vetrano.
- 7 “Mashca: máchica, harina de cebada.” Nota del editor.
- 8 “Cucayo: conjunto de alimentos que el campesino lleva en los viajes o al trabajo.” Nota del editor.
- 9 “Chucuca: chuchoco, maíz cocido y secado al sol, molido después y utilizado para sopa o como condimento en diferentes guisos.” Nota del editor.
- 10 “Shapingacho: llapingacho, tortilla de patatas con queso, frita en manteca.” Nota del editor.
- 11 Jorge Icaza se limita a mencionar al cuy como parte de la descripción de la vivienda del indio (74; 216). Para comprender la importancia del conejillo de indias en la dieta, medicina y rituales de la zona andina, consultar el trabajo de Edmundo Morales.
- 12 Ignoro si Icaza leyó *Comentarios reales de los incas* del Inca Garcilaso de la Vega. Silo hizo, olvidó las descripciones de la alimentación en el *Tawantinsuyo* (capítulos IX—XXII del libro octavo). Ver también, respecto a la dieta del hombre andino, los estudios de Hans Horkheimer y de Ciro Hurtado Fuentes.
- 13 En otro pasaje Andrés y sus compañeros son descritos como bestias de carga (70—3).
- 14 Cunshi, la esposa de Andrés Chilinga, al ser violada por el amo: “cerró los ojos y cayó en una rigidez de muerte” (119). Ante la falta de entusiasmo de la mujer indígena, el patrón exige que ésta se mueva. Al “desocuparse” y al no lograr su cometido, Alfonso Pereira “comentó a media voz: —Son unas bestias. No le hacen gozar a uno como es debido. Se quedan como vacas. Esta visto... Es una raza inferior” (119. Las cursivas son mías).
- 15 Esos y otros adjetivos atribuidos por el mayor-domo a las madres indígenas se hallan en las páginas 94 y 95.

- 16 “Güinachishca: servicia criada desde niña en la casa de la hacienda.” Nota del editor.
- 17 El retrato del hijo de la primera nodriza del nieto del amo no es menos sesgado: “Envuelto en fajas y trapos sucios como una momia egipcia, un niño tierno de párpados hinchados, pálido, triste, pelos negros, olor nauseabundo, movió la cabeza” (89).
- 18 La cita siguiente es clara al respecto. Los soldados, enviados por el gobierno para sofocar la rebelión de los indígenas, los “cazan” sin ningún remordimiento: “En efecto: la furia victoriosa enardeció la crueldad de los soldados. Cazaron y mataron a los rebeldes con la misma diligencia, con el mismo gesto de asco y repugnancia, con el mismo impudor y precipitación con el cual hubieran aplastados bichos venenosos. ¡Qué mueran todos!” (247).
- 19 “Pondo: tinaja de barro con boca estrecha en la que se guarda el agua o la chicha.” Nota del editor.
- 20 En otro pasaje, la voz autorial menciona las “diabólicas borracheras” del indígena (212).
- 21 Foucault considera que: “En realidad, el discurso racista no fue otra cosa que la inversión, hacia fines del siglo XIX, del discurso de la guerra de razas, o un retomar de este secular discurso en términos sociobiológicos, esencialmente con fines de conservadorismo social y, al menos en algunos casos, de dominación colonial” (59).
- 22 La adjetivación de ladrón, al extenderse a la relación de los indígenas entre sí, los muestra como seres sin solidaridad en su miseria. Transcribo este pasaje que además de explicar que los indios se roban entre ellos la comida, insiste en su escasez y poca sofisticación culinaria tanto en la manera de preparar como en la de consumir sus alimentos:
- En la esquina del fogón, en el suelo, la india Cunshi tostaba maíz en un tiesto de barro renegrido. Como el maíz era robado en el huasipungo vecino, ella, llena de sorpresa y de despecho, presentó al viento intruso una cara adusta: ceño fruncido, ojos llorosos y sancochados en humo, labios entreabiertos en mueca de indefinida angustia. Al darse cuenta de lo que pasaba, ordenó al crío:
- Ve, longu, ajustá la tranca. Han de chapar lus vecinus.
- 23 Sin decir nada, con la boca y las manos embarradas en mazamorra de harina prieta, el pequeño —había pasado de los cuatro años— se levantó del suelo y cumplió la orden poniendo una tranca — para él muy grande— tras la puerta. Luego volvió a su rincón, donde le esperaba la olla de barro con un poco de comida al fondo. Y antes de continuar devorando su escasa ración diaria echó una miradita coqueta y pedigüeña hacia el tiesto donde brincaban alegres y olorosos los granos de maíz. (192. El énfasis es mío)
- 24 En la página 74 el narrador enumera los cuyes, gallinas y cerdos de un huasipungo. De manera más específica, la página 216 alude a los animales de Andrés Chilingua. Cuando éste descubre que su mujer está muerta, su primera reacción —producto de su desesperación— es ocultar el “secreto”: “No debía saber nadie. Ni el perro, ni los cuyes, que hambrientos corrían de un rincón a otro de la choza; ni los animales del huasipungo, que esperaban afuera a la india que les daba de comer
- 25 La ausencia o escasez de carne en la dieta indígena es otra de las “marcas” enfatizadas por obras fictivas y académicas. Weismantel en su estudio de una comunidad andina ecuatoriana
- Zumbagua— explica que: “Con frecuencia la carne está presente más como un condimento que como un ingrediente significativo; los platos individuales contienen caldo, pero los pedazos de carne con frecuencia son huesos y cartílagos para chupar en lugar de bocados. [ Las únicas comidas en las que la carne y el caldo son ingredientes principales se sirven a los enfermos o en las casas en las que un bebé va a nacer o ha nacido. No le sirven únicamente al paciente sino también a los visitantes, excepto en el caso de una enfermedad prolongada, cuando los recursos de la familia han sido forzados durante algún tiempo: allí la carne se sirve solo al enfermo. Por consiguiente, la enfermedad y el nacimiento de un niño son ocasiones para la carnicería, un hecho que sin duda contribuye a despertar el interés de amigos y familiares para visitar a las nuevas mamás. [ La matanza de animales nos conduce a un modelo de consumo proteínico ocasional y comparativamente espaciado entre períodos sin carne” (152—3).
- 25 en base a rasgos positivos o negativos que se viene practicando desde la obra del padre Bartolomé de Las Casas, en especial, La brevísima destrucción de las Indias.

**Bibliografía**

- Adoum, Jorge Enrique. "Huasipungo: el indio, persona o personaje." ( de las Américas 22.127 (1981): 22—9.
- Alegría, Fernando. 1960. *Breve historia de la novela hispanoamericana*. México: Stadium.
- Arguedas, Alcides. 1996. *Raza de bronce. Wuata Wuara*. 2da ed. Ed. Antonio Lorente Medina. Nanterre Cedex: Colección Archivos.
- Borello, Rodolfo. 1991. "Raza de bronce y la novela indigenista." *Boletín de la Academia Argentina de Letras* 219—220: 9—43.
- Botelho Gosálvez, Raúl. Altiplano. 1987. *10 ma cd*. La Paz: Editorial Juventud.
- Campaña, Mario. 1994. " huasipungo caraju!" *Quimera* 131—132: 85—7.
- Cruz, Adina. 1980. "Similitud y contraste en las novelas Huasipungo y The Pearl." *Kaniña* 4.2: 109—15.
- Fernández, Teodosio. "Introducción." Huasipungo. (9—57).
- Foucault, Michel. *Genealogía del racismo*. Trad. Alfredo Tzveibel. La Plata, Argentina: Editorial Altamira, 1996.
- García, Antonio. 1969. *Sociología de la novela indigenista en el Ecuador. Estructura social de la novelística de Jorge Icaza*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Horkheimer, Hans. 1990. *Alimentación y obtención de alimentos en los Andes prehispánicos*. La Paz: Hisbol.
- Hurtado Fuertes, Ciro. 2000. *La alimentación en el Tahuantinsuyo*. Lima: Editorial San Marcos.
- Icaza, Jorge. 1997. *Huasipungo*. 2da ed. Ed. Teodosio Fernández. Madrid: Cátedra.
- Johnson, David D. "Huasipungo for Children?" *Romance Notes* 14 (1972): 41—3.
- Las Casas, Bartolomé de. 1991. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. 5ta ed. Ed. André Saint—Lu. Madrid: Cátedra.
- Lumbreras, Luis Guillermo. (noviembre—diciembre 1985). "De señores, indios y subversivos." *El zorro de abajo* 3 : 54—6.
- Mintz, Sidney W. 1985. *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*. New York: Viking.
- Morales, Edmundo. 1995. *The Guinea Pig. Healing, Food and Ritual in theAndes*. Tucson: The U of Arizona.
- Saintoul, Catherine. 1988. *Racismo, etnocentrismo y literatura. La novela indigenista andina*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Sacoto, Antonio. 1967. *The Indian in the Ecuatorian Novel*. New York: Las Americas Publishing.
- Vega, Inca Garcilaso de la. 1991. *Comentarios reales de los incas*. Ed. Aurelio Miró Quesada. 3ra ed. 2 tomos. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Vetrano, Anthony J. 1972. "Imagery in Two of Jorge Icaza's Noveis: Huasipungo and Huairapamushcas." *Revista de Estudios Hispánicos* 6: 293—301.

Villordo, Oscar Hermes. 1978. "El autor de Huasipungo." *Opiniones Latinoamericanas* 1.4: 67—8.

Weismantel, Maiy J. 1994. *Alimentación, género y pobreza en los Andes ecuatorianos*. Quito: Ediciones Abya—Yala.